

Prefacio

«Mientras dura este estado, uno se basta a sí mismo, como Dios»¹... Fue en primero de bachillerato cuando escuché por primera vez estas palabras de Jean-Jacques Rousseau. Me parecieron viles y abyectas y me sorprendía a mí mismo repitiéndolas cada vez que cruzaba el umbral del aseo del colegio. Me di cuenta de que muchas personas de talento –cada día, cada hora, cada segundo– se ahogan en las ciénagas de la prepotencia.

Recuerdo a nuestro profesor de filosofía del último curso de bachillerato. Nos hablaba de los hallazgos de Descartes, Kant y Hegel: «Una hermosa puesta de sol, queridos alumnos, sólo existe en la realidad si existe de antemano en vuestro pensamiento. Sin el pensamiento del hombre, nada existe. El ser no es más que el fruto del pensamiento. No hay más realidad que la que está en el pensamiento del sujeto pensante; el resto es sólo el producto

1. J.J. ROUSSEAU, *Las ensoñaciones del paseante solitario*, quinto paseo, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 90.

de ese pensamiento». Aunque en aquella época yo era todavía un adolescente y no había visto la película *Matrix* (se estrenaría veinte años más tarde), era muy consciente de que, con este tipo de afirmaciones, salías de la suficiencia y entrabas de lleno en la locura.

Pero cuando, unos meses más tarde –corría el año 1979–, leí en nuestro libro de texto esta frase de Albert Camus: «La conciencia sale a la luz con la rebeldía»², súbitamente me invadió un intenso sentimiento de alegría y optimismo. Pensaba en la rebeldía contra uno mismo: contra la indiferencia espiritual que nos consume.

La influencia de la filosofía en nuestras vidas –en la educación, en la cultura, en la política, en la sociedad en general– es innegable. Hasta el siglo XIII, Platón inspiró en gran medida el mundo cristiano; Aristóteles y Tomás de Aquino inspiraron juntos a los pueblos de Europa desde el siglo XIII hasta el XVII; la civilización moderna es en esencia tributaria del pensamiento de Descartes; ya en el siglo XX, Marx condicionó el comportamiento de las élites mundiales y el destino de muchos pueblos; Nietzsche sigue siendo el punto de referencia de todos los candidatos a la «superhumanidad», a la afirmación violenta del «yo»; y Rousseau es el padre intelectual de una multitud de pseudorreligiones que, desde hace 200 años, intentan con sorprendente éxito ocupar el lugar del cristianismo.

2. A. CAMUS, *El hombre rebelde*, Alianza, Madrid, 2001, p. 23.

Los filósofos dan a luz ideas que posteriormente se asientan en el corazón y la mente de los hombres, para bien o para mal. Es importante comprender esas ideas para detectar lo que tienen de verdadero y lo que tienen de falso, lo que eleva al hombre y lo que lo envilece. Sin embargo, aún más importante es comprender *qué clase de persona* es el filósofo.

«La biografía de Immanuel Kant —escribió el poeta alemán Heinrich Heine— es difícil de poner por escrito, pues la historia de una vida es difícil de narrar cuando no existen ni una vida ni una historia»³. Un filósofo sin vida y sin historia... ¿Es creíble un filósofo así? ¿Es viable su filosofía?

Nos gusta debatir las ideas de tal o cual filósofo pero, con demasiada frecuencia, dejamos de lado el estudio de su personalidad. Nos interesa lo que *dice* el filósofo, no lo que *es*. Craso error, porque detrás de las ideas hay un corazón, y si ese corazón está corrompido, las ideas también lo estarán, y quien se deje impregnar por esas ideas acabará corrompiéndose. Lo contrario también es cierto: las ideas poderosas y verdaderas de algunos filósofos son, a menudo, la expresión de un corazón noble y magnánimo que nos transmite la inspiración vital que necesitamos para purificarnos, elevarnos y llegar a la cima de nuestra humanidad.

3. H. HEINE, *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania*. Edición a cargo de Juan Carlos Velasco, trad. Manuel Sacristán, Alianza Editorial, Madrid, 2008, p. 154.

Este libro comienza con Descartes (1596-1650), sin duda el padre de la filosofía moderna. Descartes necesitaba *certeza*, algo natural en un hombre de ciencia. Pero, para conseguirla, creó un *método* según el cual el pensamiento sería el único criterio de certeza: «Pienso, luego existo». Mi existencia se demuestra por el hecho de que pienso. Si dejara de pensar, la prueba de mi existencia desaparecería. Por tanto, existo cuando pienso, y sólo cuando pienso. Descartes reduce el ser al pensamiento. Su «pienso, luego existo» se convierte inevitablemente en «existo porque pienso». Para Hegel, que completará la obra de Descartes, el pensamiento deja de ser la *prueba* del ser. Se convierte en la *causa* del ser: produce el ser. Descartes probablemente no sabía adónde se dirigía. Al hacer del pensamiento el único criterio de certeza, sumió a la humanidad en el subjetivismo más absoluto.

En la primera parte, estudiaremos LOS que llamo *los destructores*: Descartes, Rousseau y Nietzsche. En cada uno de estos filósofos, hay esferas del ser (el corazón, la voluntad o la inteligencia) que quedan atrofiadas. En Descartes, el corazón y la voluntad son estrangulados por la razón; en Rousseau, la razón y la voluntad quedan sofocadas por el corazón; en Nietzsche, es la voluntad la que absorbe la razón y el corazón. Descartes encarna el racionalismo; Rousseau, el sentimentalismo; Nietzsche, el voluntarismo.

Descartes, que no tenía un espíritu religioso pero observaba exteriormente los ritos del cristianismo, creó

una forma de pensar incompatible con la fe cristiana. Sin saberlo, se convirtió en el padre del ateísmo moderno. Rousseau, que era religioso pero no creía en Jesucristo, creó una parodia del cristianismo tan infame como seductora. Nietzsche, antirreligioso y anticristiano, diseñó la imagen cruel y dramática del «superhombre», antítesis del Dios-Hombre de la religión cristiana.

Descartes, Rousseau y Nietzsche son los fundadores. Kant y Hegel vienen a ser simplemente la continuación lógica de Descartes: desarrollan sistemas sobre la base de la idea cartesiana. Aunque se trate de mentes excepcionalmente poderosas, su originalidad es sólo «secundaria». No hablaremos de ellos.

Marx es el continuador de Rousseau, pero no podemos dejarlo de lado del todo, ya que la ideología marxista dominó durante todo el siglo XX. Al igual que Rousseau, Marx era un ser religioso pero, a diferencia de Rousseau, creía en Jesucristo, hasta el punto de declararle la guerra. Marx, bautizado en la Iglesia luterana a los seis años, era satanista. Escribió unos «Versos satánicos» que se publicaron en vida en la revista alemana *Athenäum*: «Vapores infernales suben a mi cerebro y lo llenan hasta que enloquezco, y mi corazón cambia por completo. Mira esta espada: el Príncipe de las Tinieblas me la ha vendido»⁴.

4. K. MARX, «Der Spielmann» (El juglar), 1837, *Athenäum, Zeitschrift für das gebildete Deutschland*, 23 de enero de 1841.

Robert Payne y Richard Wurmbrand se refieren a otros poemas de Marx igualmente explícitos: «He perdido el cielo. Lo sé muy bien. Mi alma, antaño fiel a Dios, ha sido marcada para el infierno (...). Sólo me queda la venganza. Erigiré mi trono en las alturas, fría y terrible será su cima, sus cimientos un temblor supersticioso (...). Pronto apretaré la eternidad contra mi pecho y, con un grito salvaje, lanzaré horribles maldiciones sobre la humanidad (...). Con desdén arrojaré mi guante a la cara del mundo y veré desmoronarse a ese gigante pigmeo [Cristo], cuya caída no apagará mi ardor. Entonces, como un dios victorioso, caminaré sin rumbo por las ruinas del mundo y, dando a mis palabras poder de acción, me sentiré igual al Creador»⁵.

Nietzsche decía de sí mismo que era el «Anticristo», pero no dejaba de ser una «broma», porque no creía en Cristo. Marx, en cambio, es un verdadero anticristo. Es el «enemigo personal de Dios» (como Lenin se llamaba a sí mismo). El marxismo es un arma creada por Karl Marx para acabar con Dios. Marx creía en el marxismo como se cree en el instrumento pero, naturalmente, no creía en la «ciencia» marxista: en el materialismo histórico, en un paraíso terrenal situado en un Estado comunista sin religión, sin familia, sin propiedad privada. Marx se burlaba cínicamente de Dios y de la humanidad. El proletariado

5. R. PAYNE, *The Unknown Karl Marx*, Nueva York 1971; R. WURMBRAND, *Karl Marx and Satan*, 1986.

no le interesaba para nada: soñaba con acabar con la civilización judeocristiana. El marxismo es un fenómeno demoníaco brillantemente descrito por Dostoyevski en su novela *Los demonios* (1872), en vida del propio Marx.

«El socialismo –escribía Nikolái Berdiáyev en 1906– pretende convertirse en la religión de la nueva humanidad; su vínculo intrínseco con la religión es indiscutible»⁶. «El socialismo tiene un carácter mesiánico –prosigue el filósofo ruso– (...). El proletariado es el nuevo Israel (...). La clase elegida realizará por fin el reino terrenal prometido, la bienaventuranza de Israel, que el Mesías crucificado no alcanzó. El proletariado es, en efecto, el nuevo Mesías, el constructor del reino terrestre en cuyo nombre fue rechazado el antiguo Mesías, heraldo de un reino que “no es de este mundo” (...). La transferencia del poder a esta clase social tendrá el significado de un salto al reino de la libertad, significará una catástrofe mundial tras la cual comenzará la verdadera historia o metahistoria»⁷.

El marxismo ha pasado⁸, sin embargo sólo era una de las muchas variantes del rousseaunismo. Rousseau, el pa-

6. N. BERDIÁYEV, *Cuestiones de filosofía y psicología*, «El socialismo como religión», Moscú 1906.

7. N. BERDIÁYEV, *La nueva Edad Media*, «Democracia, socialismo y teocracia», Berlín 1924.

8. Con la caída de la Unión Soviética en 1991, el marxismo como doctrina económica sufrió un duro golpe. Pero el marxismo como doctrina moral (parte del programa satánico de Karl Marx) sigue muy vivo. En la década de 1960, bajo la

dre intelectual de todas las pseudorreligiones modernas, sigue siendo sorprendentemente actual.

Descartes, Nietzsche y Rousseau, éste es el mundo en el que vivimos hoy. Es un mundo subjetivista (Descartes) gobernado por «superhombres» ávidos de poder (Nietzsche), en una atmósfera de religiosidad sentimentalista y totalitaria (Rousseau).

Subjetivismo. El ser depende de mi pensamiento. El ser es subjetivo y, con él, la verdad y el bien. El ser, la verdad y el bien son «construcciones» de mi pensamiento. No hay existencia objetiva, ni verdad objetiva, ni bien objetivo. Soy un sujeto puro: no hay principios de la naturaleza humana, ni naturaleza humana, ni ser humano. Sólo existen mi pensamiento, mis ideas y mis percepciones. Como no hay verdad objetiva ni bien objetivo, exijo

influencia del pensador marxista Antonio Gramsci, que abogaba por una «larga marcha a través de las instituciones», el marxismo empezó a centrarse en la cultura: las universidades, los medios de comunicación, la religión organizada y las artes, especialmente el cine y la televisión. El capitalismo, que ha absorbido la noción comunista nihilista de que el bien es todo lo que hace avanzar la causa de la humanidad progresista y el mal es todo lo que la obstaculiza, ha estado tratando de borrar la religión de la sociedad desde entonces, utilizando todos los medios a su alcance. La revolución sexual y su sierva, la ideología de género, son manifestaciones claras del marxismo cultural. El marxismo cultural, como el marxismo soviético, es una pseudorreligión.

«tolerancia» para todas mis ideas, mis opiniones y mis caprichos.

Sentimentalismo. Si las ideas y los valores son relativos, si no hay nada más grande que yo mismo, lo único que puede hacerme feliz soy yo mismo: mis emociones. No tengo otra regla de vida que mi sensibilidad. Mi sensibilidad es mi religión.

Totalitarismo. La ideología dominante, a la cual se somete el capital con el ánimo de lucrarse, controla mi sensibilidad a través de los medios de comunicación. Los medios de comunicación estimulan mis emociones. Me gusta. Siento que existo. Pretender diferenciar la verdad de la falsedad en la información que recibo es un ejercicio inútil, ya que todo es subjetivo. Lógicamente, si alguien se interpone en mi camino a la felicidad, pretendiendo imponerme ideas y valores que llama «objetivos», no me queda otra que participar activamente en su «cancelación».

Estos son los frutos de la filosofía de Descartes, Rousseau y Nietzsche. El subjetivismo (Descartes) da lugar naturalmente al sentimentalismo (Rousseau), del que surge con la misma naturalidad el totalitarismo, dirigido por un grupo de «superhombres» (Nietzsche).

El subjetivismo engendra el desprecio de la razón, que es sustituida por emociones manipuladas por una casta de individuos sedientos de poder. El vacío existencial provocado por la castración de la razón se ve llenado por una religión del sentimiento, cuyos nuevos inquisidores someten a pueblos enteros, «cancelando» a las personas

que consideran inadecuadas. Así es como la cultura de la *tolerancia* se convierte en la cultura de la *cancelación*.

El subjetivismo sólo puede conducir al totalitarismo, porque destruye cualquier punto de referencia. Con el subjetivismo todo se vuelve posible, incluso lo inimaginable. Todo se vuelve justificable, incluso los crímenes más execrables. Ya no hay razón, ya no hay «sentido común». Sólo existe mi sensiblería, y aquellos que la mantienen y manipulan. ¡Si Descartes hubiera sabido adónde nos había de llevar su *cogito*!

Tras haber estudiado a los destructores en la primera parte, en la segunda nos ocuparemos de *los constructores*: Pascal, Kierkegaard, Dostoyevski, Soloviev⁹. Los constructores son personalidades íntegras: su corazón, su razón y su voluntad funcionan en armonía, lo que les permite captar toda la parcialidad del pensamiento destructor y mostrarnos los caminos para superarla.

Pascal nos invita a encontrar *nuestros corazones* a fin de restablecer nuestra razón, en un mundo sumido en la subjetividad más total y el sentimentalismo más abominable.

Kierkegaard nos invita *a vivir una vida auténtica, única, singular e irrepetible*, en un mundo engullido por la cultura de masas, el conformismo, lo políticamente co-

9. El apellido de este autor se transcribe también como «Soloviev» (N. del T.).

recto, la despersonalización y el anonimato, y por el dictado totalitario de la llamada Voluntad «General».

Dostoyevski nos invita a *salvar nuestra humanidad, nuestra dignidad y nuestra libertad* en un mundo que nos pide que las sacrifiquemos en aras de la comodidad y la seguridad.

Soloviev nos invita a *practicar la unidad de vida*, a divinizar todos los aspectos (personales y sociales) de la existencia humana, a santificar la vida profesional, social y familiar llenándola de espíritu cristiano, a construir el Reino de Dios en el corazón mismo de la sociedad, en un mundo que los cristianos tienden a rehuir por una humildad mal entendida.

Estos cuatro pensadores son de una actualidad sorprendente. Cada uno a su manera y con su propio carisma, nos ilumina, nos inspira y nos incita a la acción.